

---

# Releyendo la *Gaudium et Spes* con el Padre Arrupe

DR. RAMÓN SALA GONZÁLEZ, OSA  
Estudio teológico Agustiniano de Valladolid  
ORCID: 0000-0002-7292-8866  
rssala@gmail.com

Recibido: 18 noviembre 2022 / Aceptado: 16 enero 2023

---

**Resumen:** El P. Arrupe participó como Superior de los Jesuitas en el cuarto período del Vaticano II (1965). Entonces se discutieron y aprobaron los últimos documentos conciliares, entre ellos la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* (GS). Este artículo repasa la recepción

de GS en el pensamiento y escritos del P. Arrupe, después de evocar su fugaz paso por el Concilio.

**Palabras clave:** Vaticano II – *Gaudium et Spes* – P. Arrupe – Postconcilio

## Rereading *Gaudium et Spes* with Father Arrupe

**Abstract:** Fr. Arrupe took part in the fourth season of the Second Vatican Council (1965) as General Superior of the Jesuits. At that time the Council's last documents were discussed and approved, among them the Pastoral Constitution *Gaudium et Spes* (GS). This paper reviews the reception of GS in

the thinking and writings of Fr. Arrupe, after a remembrance of his fleeting presence at the Council.

**Key Words:** Vatican II – *Gaudium et Spes* – Fr. Arrupe – Post-councilar Period

La imagen de Pedro Arrupe apareció en la portada de la revista *Time* el 21 de abril de 1973. Enmarcaba un inquietante titular: “Los Jesuitas. Problemática vanguardia del catolicismo”. Los estudiosos del P. Arrupe (1907-1991) coinciden en considerarlo no solo una de las grandes personalidades del s. XX, sino también una extraordinaria figura de la Iglesia del Concilio y del Postconcilio: “líder del sueño conciliar” (J. -Y. Calvez), “profeta de la renovación conciliar” (P. H. Kolvenbach), “protagonista del *aggiornamento* eclesial” (S. Madrigal). El P. Arrupe intervino en el último debate sobre la cuarta Constitución del Vaticano II, asimiló su novedad y después se convirtió en uno de sus mejores portavoces al frente de la Compañía y de la Unión de Superiores Religiosos.

La Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual está continuamente presente –aunque a veces sin citarla expresamente– en los discursos y escritos del P. Arrupe. Este artículo comienza evocando sus palabras en el Vaticano II. Después muestra cómo el general de la Compañía de Jesús hace propia la opción hermenéutica de GS. Por último, analiza el eco que tienen en él algunos temas mayores del documento conciliar (ateísmo, diálogo fe-cultura y promoción de la justicia).

## 1. UN MISIONERO EN EL AULA CONCILIAR

### 1.1. ANTECEDENTES DE SU IRRUPCIÓN EN EL VATICANO II

Siendo el primer superior de la nueva provincia de los jesuitas en Japón –a la que dirigía desde 1958–, Pedro Arrupe había sido designado miembro de la comisión preparatoria de la 31ª Congregación General de la Compañía (CG 31) a petición del Vicario General John L. Swein. La comisión se reunió en Roma entre marzo y mayo de 1965. Su objetivo prioritario era proceder a la elección de un nuevo Prepósito General (28º), que sucediera al belga Jean-Baptiste Janssens, fallecido el 5 de octubre de 1964. Además, en el programa de la Congregación, que estaba previsto iniciar inmediatamente antes del último período de sesiones del Vaticano II, se incluían muchos asuntos de gran calado para el futuro de la Compañía.

La CG 31 se desarrolló en dos sesiones: una anterior a la reanudación del Vaticano II (mayo-julio 1965) y otra una vez terminado el Concilio (septiembre-noviembre 1966). Los trabajos se inauguraron el 7 de mayo de 1965 con la audiencia del Papa Pablo VI en la sala del Consistorio. En

su discurso, el Pontífice confió a los jesuitas la misión de hacer frente al ateísmo. Un encargo que marcaba la agenda de la Congregación y orientaba, en particular, el servicio personal del elegido para regir los destinos de la Compañía de Jesús. En efecto, apenas dos días después de su elección<sup>1</sup>, ante sus 226 compañeros congregados en representación de las 89 provincias y viceprovincias de la Compañía, el P. Arrupe en su primer discurso como General aceptaba el reto usando la jerga propia de la milicia: “la guerra que ahora se maquina contra la misma noción de Dios es mucho más fuerte que cuando vivía San Ignacio. Lo que significa que, si no queremos perder posiciones, es necesario que seamos ahora más ignacianos que el mismo San Ignacio...”<sup>2</sup>. Después de entrevistarse en audiencia privada con Pablo VI, toda la Compañía se hizo eco de la tarea asignada por el Papa a los jesuitas. Primero con el decreto sobre la “*Misión de la Compañía acerca del ateísmo*”, promulgado al término de la primera sesión de la CG 31 (15 de julio)<sup>3</sup> y, después, con una carta del 31 de julio, dirigida a toda la Compañía –tras una nueva audiencia papal junto a sus asistentes– en la que daba cuenta, además, de la marcha de los trabajos de la Congregación<sup>4</sup>.

Después de la fiesta de san Ignacio, el P. Arrupe comenzó en Villa Cavalletti (Roma) su primera tanda de Ejercicios Espirituales como Prepósito General de la Compañía. Sus notas manuscritas de esos diez días, transcritas y comentadas por su asistente general, Ignacio Iglesias, además de presentar en germen las líneas maestras de su servicio como general, contienen una excepcional radiografía de las inquietudes y disposiciones con las que él se iba a incorporar en breve a las discusiones conciliares. Ante todo, la vocación misionera de la Iglesia, en la que él se autorretrata y con la que identifica también el motor de la Compañía, concebida como

---

<sup>1</sup> El P. Arrupe fue elegido en la tercera votación. La experiencia acumulada en 27 años como misionero encajaban perfectamente en el perfil del general que había esbozado el P. Maurice Giuliani, asistente de Francia, en una exhortación espiritual dirigida a los participantes antes de la elección.

<sup>2</sup> Discurso del P. General (24 de mayo de 1965) en *Congregación General XXXI, Documentos*, Zaragoza 1966, 17-19.

<sup>3</sup> Cf. *Congregación General XXXI. Documentos*, 31-35.

<sup>4</sup> Refiere tres recomendaciones de Pablo VI a los jesuitas: 1) permanecer fieles al propio carisma institucional; 2) adaptarlo armónicamente para vivir y trabajar en el mundo de hoy; y 3) fidelidad a la Iglesia y a la Sede Apostólica (cuarto voto).

dinamismo permanente que proviene de Dios y que después tiene que traducirse en estrategias y acciones concretas. Dentro de esa misión eclesial en el mundo actual sitúa él el mandato pontificio de afrontar el ateísmo (la “batalla”), un reto “de mayor profundidad y trascendencia que el peligro de la Reforma en el s. XVI” (folio 35)<sup>5</sup>. Para ello considera imprescindible poner en marcha un proceso sociológico de conocimiento de la realidad mundial (“*Survey*”). En estos apuntes aparece también de forma incipiente la denuncia de los desequilibrios de nuestro mundo y una propuesta de acción mundial sobre las estructuras sociales. Como resume Iglesias, “Varios de los aspectos que [el P. Arrupe] en este texto anota como fruto de su experiencia espiritual, concretamente relativos al ateísmo y a las misiones, acabarán llegando al Aula conciliar, como signos de su obediencia responsable”<sup>6</sup>.

## 1.2. INTERVENCIÓN EN EL DEBATE SOBRE EL ESQUEMA XIII

Para la cuarta y última etapa del Vaticano II, el recién elegido General de la Compañía de Jesús recibió el nombramiento pontificio de miembro de la Comisión de Religiosos. Al empezar este nuevo período (14 de septiembre de 1965) los Padres conciliares tenían por delante la ardua y decisiva tarea del desenlace del Concilio. Quedaba todavía mucho que hacer para lograr llevar a buen puerto los trabajos del Vaticano II. Los esquemas de la Constitución sobre la Revelación (DV) y de la declaración sobre la libertad religiosa (DH) estaban ya bastante avanzados y se preparaba la discusión de los decretos sobre las misiones (AG), los sacerdotes (PO) y la vida religiosa (PC), además del novedoso esquema sobre la Iglesia en el mundo actual. En todas esas cuestiones, el misionero Arrupe, apenas elegido superior general de una influyente congregación apostólica como la Compañía de Jesús, tenía mucho que aportar. Persona inteligente, amable, sencilla y piadosa, que hablaba siete idiomas, enseguida estrechó relaciones cordiales con todos e incluso contrajo una sólida amistad con un buen número de Padres conciliares en los pocos meses de su participación en el Vaticano II.

El famoso “Esquema XIII” (sobre la Iglesia en el mundo actual) había sido introducido en el debate conciliar en el tercer período de se-

---

<sup>5</sup> P. ARRUPE, *Aquí me tienes, Señor. Apuntes de sus Ejercicios Espirituales (1965)*, Bilbao 2006, 78.

<sup>6</sup> *Ib.*, 35.

siones (1964). Entonces era un documento de solo cuatro capítulos acompañado por cinco *Adnexa* (sobre la persona en sociedad, el matrimonio y la familia, la promoción de la cultura, la vida económica y social y la comunidad internacional y la paz). El primer esquema de la futura *Gaudium et Spes* sometido a discusión durante el cuarto período del Vaticano II<sup>7</sup>, fruto del trabajo del llamado “grupo de Ariccia”, había tenido tres redacciones previas antes de entrar nuevamente en el Aula conciliar el 21 de septiembre de 1965. El documento fue presentado por el card. Gabriel M. Garrone. Por decisión de la Comisión de Coordinación del Concilio tenía ya el carácter de “Constitución Pastoral”. Estaba compuesto a partir de la integración de los *Adnexa*, que no habían llegado a ser discutidos en el Aula, dentro del texto del nuevo esquema y reelaborado con las aportaciones de los Padres durante la anterior etapa conciliar<sup>8</sup>.

El P. Arrupe tomó la palabra por primera vez en el Concilio el 27 de septiembre durante la discusión del esquema de la cuarta constitución del Vaticano II. En un ambiente de gran expectación centró su intervención en los tres números del cap. 1 de la primera parte (“La vocación de la persona humana”) que trataban sobre el fenómeno del ateísmo (cf. GS 19-21) en sus múltiples formas<sup>9</sup>. Comenzó con un elogio del conjunto del documento “por intentar ofrecer soluciones a los problemas actuales”, para lamentar inmediatamente el enfoque, a su juicio, demasiado “intelectual” del tema del ateísmo en GS 19. Según él, la nueva sociedad atea “prácticamente” no solo combate “contra la ciudad de Dios desde fuera –como aquella ciudad en sentido agustiniano–, sino que penetra dentro de los muros de la ciudad de Dios”<sup>10</sup>. Después de recordar que los católicos representan solamente un pequeño porcentaje de la población mundial, citando la encíclica *Mater et Magistra* (1961), el P. Arrupe afirmaba

---

<sup>7</sup> Schema Constitutionis pastoralis de *Ecclesia in mundo huius temporis* (*Acta Synodalia* IV, I, 435-516).

<sup>8</sup> Constaba de un total de 103 números con una exposición introductoria, dos partes: “*De Ecclesia et conditione hominis*” (cuatro caps.) y “*De quibusdam problematibus urgentioribus*” (cinco caps.) y la conclusión.

<sup>9</sup> *Acta Synodalia* IV, II, 481-484. Traducción en P. ARRUPE, *La Iglesia de hoy y del futuro*, Bilbao-Santander 1982, 125-128.

<sup>10</sup> Sobre este tema agustiniano y GS, cf. S. MADRIGAL, “Las relaciones Iglesia-mundo según el Concilio Vaticano II” en G. URIBARRI, ed., *Teología y nueva evangelización*, Bilbao 2005, 56-57.

que las necesarias respuestas teóricas al grave problema del ateísmo resultan hoy manifiestamente insuficientes, subrayando su complejidad, su fuerza y alcance. Apoyándose en la gran encíclica social de san Juan XXIII –*Pacem in Terris* (1963)– insistía en la dificultad de actuar pastoralmente ante el ateísmo práctico sin incidir en la reforma de las estructuras sociales. En su alocución apelaba a la necesidad apremiante de diseñar un plan de acción conjunto de la Iglesia en esta línea, bajo la autoridad del Papa: “Esto es urgente. No podemos demorarnos más. Es tiempo de actuar”. Y el P. Arrupe terminaba su intervención esbozando en cuatro puntos los pasos a seguir, que ofrecía a la consideración de los presentes: 1) una exploración rigurosa de la situación actual del mundo; 2) la determinación de las líneas fundamentales para una acción a escala mundial; 3) la implicación de todo el Pueblo de Dios, unido bajo la guía de sus pastores, en los diversos campos de actuación; y 4) la apertura y colaboración con los creyentes de otras tradiciones religiosas en una tarea común.

### 1.3. REACCIONES CONTRAPUESTAS

El esperado estreno del “Papa negro” en el Vaticano II no pasó inadvertido. En relación con el ateísmo, el P. Arrupe había abogado por una revisión a fondo de los métodos pastorales de la Iglesia<sup>11</sup>. Aquella intervención dejó ecos dispares tanto en la prensa, como en los padres conciliares. Ciertamente la gran mayoría de los obispos la acogió favorablemente. Sin embargo, encontró la hostilidad de la minoría refractaria a los cambios (como Mons. Marcel Lefebvre). El semanario alemán *Der Spiegel* publicó un artículo muy crítico con el tono de cruzada contra el ateísmo de algunas de las expresiones usadas por el sucesor de san Ignacio con vistas a la construcción de una “sociedad cristiana”<sup>12</sup>. En el otro extremo, los medios más tradicionalistas echaban de menos una referencia explícita contra el comunismo ateo. El sacerdote y periodista José Luis Martín Descalzo, cronista del periódico bilbaíno *La Gaceta del Norte*, reflejaba así las opiniones encontradas que circulaban entonces por los pasillos del Vaticano sobre las palabras del general de los jesuitas: “su mentalidad

---

<sup>11</sup> “La Iglesia tiene la verdad, los principios, los argumentos. Pero, ¿transmite todo esto al mundo de modo verdaderamente eficaz? Este es el problema” (P. ARRUPE, *La Iglesia de hoy y del futuro*, 125).

<sup>12</sup> Cf. P. M. LAMET, *Arrupe, una explosión en la Iglesia*, Madrid 1989, 278.

huele a moderna, su lenguaje a antiguo; su espíritu parece abierto al s. XX y ciertas de sus maneras de ser huelen descaradamente a s. XVI”<sup>13</sup>.

Sobre esta primera intervención del P. Arrupe, ni siquiera hubo unanimidad entre los propios miembros de la Compañía. Muy negativas fueron, por ejemplo, las declaraciones a la prensa del norteamericano P. MacCool o las del provincial holandés Jan Terpstra, que consideraba que su General había maltratado a los ateos. Por su parte, el perito conciliar Jean-Yves Calvez, uno de sus asistentes generales, que había tomado parte en las reuniones de Ariccia en el proceso de elaboración del esquema de la Constitución pastoral, reconoce que “Arrupe no estuvo acertado y a algunos les hizo la impresión de que habló en plan conquistador, de cruzada”<sup>14</sup>. Más matizada, en cambio, fue la posición sobre la intervención del P. Arrupe de otro destacado jesuita francés, también perito del Vaticano II, el teólogo Henri de Lubac. A propósito consigna en su diario: “No ha sido bien comprendida: sea materialmente, porque la dicción era demasiado rápida y la pronunciación defectuosa; sea por el fondo, que era, sin embargo, bastante rico y oportuno”<sup>15</sup>.

Haciendo un balance, a partir del puñado de testimonios directos referidos, creo que se puede decir que Pedro Arrupe logró interpelar al auditorio. En su fugaz paso por las sesiones conciliares se sumó al talante optimista (¿utópico?) y al impulso renovador que quiso dar a la Iglesia san Juan XXIII y dejó en el Concilio buenas muestras de su extraordinaria cordialidad y de su vocación misionera. Más allá de los distintos juicios e interpretaciones que se puedan hacer de su intervención sobre la Constitución Pastoral, también en este particular es verdad lo que se ha dicho de él con toda razón: el impacto de su carismática credibilidad<sup>16</sup>, que tras-

<sup>13</sup> J. L. MARTÍN DESCALZO, *Un periodista en el Concilio (4ª etapa)*, Madrid 1966, 188.

<sup>14</sup> J.-Y. CALVEZ, *El Padre Arrupe. Profeta en la Iglesia del Concilio*, Bilbao 1998, 17.

<sup>15</sup> “Se resume su pensamiento también de forma simplista; algunos critican lo que juzgan ser un papalismo excesivo; no oigo por ninguna parte el eco de lo que ha dicho de más original y de más positivo” (*Carnets du Concile II*, Paris 2007, 417-419, citado por S. MADRIGAL, “Pedro Arrupe y el Concilio Vaticano II”: *Estudios Eclesiásticos* 91 (2016) 151).

<sup>16</sup> CÉ M. MAIER, *Pedro Arrupe, testigo y profeta* (Servidores y Testigos 111), Santander 2007. Su primer biógrafo refiere la siguiente anécdota de su etapa como misionero en Japón: «Un anciano japonés participó durante medio año de las catequesis de Arrupe en la iglesia de la Paz de Hiroshima. Un día Arrupe le preguntó si lo entendía todo bien. El anciano no le respondió. Era sordo. Cuando luego Arrupe logró dialogar con él, el buen anciano le

cendía los contenidos de sus palabras y escritos, es la principal riqueza que aportó al Vaticano II y al Postconcilio.

## 2. EL P. ARRUPE Y LA METODOLOGÍA DE LA CONSTITUCIÓN PASTORAL

### 2.1. DISCERNIR LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS

Uno de los aspectos más novedosos de la GS es, sin duda, su opción metodológica. Es el primer documento del magisterio conciliar de la Iglesia que sigue un procedimiento inductivo. Introducido por los textos de la Acción Católica, promovida por el card. Joseph Cardijn, lo había estrenado ya san Juan XXIII en la encíclica *Mater et Magistra* (1961), el documento pontificio más citado por la Constitución Pastoral. Consiste en partir del análisis de la situación concreta, enjuiciarla a la luz de la revelación y, finalmente, ofrecer propuestas de acción. “Son tres fases de un mismo proceso que suelen expresarse con estos tres verbos: ver, juzgar y actuar” (MM 236). En efecto, la exposición doctrinal de GS (primera parte) y la atención de la Iglesia a “*Algunos problemas más urgentes*” (segunda parte) se hacen partiendo de una presentación de “*La condición del hombre en el mundo de hoy*”.

La expresión “*signa temporum*” (GS 4a) admite una doble interpretación que causó dificultades a los Padres conciliares. Para el NT, únicamente lo son los signos reveladores de la presencia y los planes de Dios. En cambio, en sentido moderno son todos los rasgos –positivos o negativos– característicos de una época. Sorprendentemente la Constitución Pastoral acogió el sentido más amplio de la expresión<sup>17</sup>, aunque recurra después a circunloquios

---

dijo: “Durante todo el tiempo le he estado mirando a sus ojos. No mienten. Lo que usted cree, lo creo yo también”» (P. M. LAMET, *Arrupe, una explosión en la Iglesia*, 184; cf. “Pedro Arrupe, testigo del s. XX, profeta del s. XXI” en *Arrupe y Gárate: dos modelos*, Bilbao 2008, 40). No es casual que una exquisita breve biografía del P. Arrupe comience así: “Pedro Arrupe fue un hombre de mirada penetrante y una gran fotogenia. Los que le conocieron hablan de sus ojos y de su mirar incisivo, que interpelaba, pero no intimidaba” (A. A. PÉREZ GÓMEZ, *La mirada de Arrupe*, Bilbao 2019, 9).

<sup>17</sup> La *Relatio* de los secretarios de la subcomisión “*signa temporum*” aclara su significado en estos términos: “Fenómenos que, a causa de su generalización y gran frecuencia,

para evitar usarla en su literalidad (cf. GS 11a; 44b). También los otros documentos conciliares comprenden los signos de los tiempos así: como “signos del mundo actual” (cf. PO 9b; AA 14c; UR 4a).

Ya hemos señalado como en su intervención inicial en el Aula conciliar, el P. Arrupe manifestó claramente la necesidad de que un estudio riguroso del fenómeno del ateísmo precediera a las orientaciones de la Iglesia frente al mismo:

Hágase por los mejores especialistas y por hombres verdaderamente entendidos en la materia una investigación concreta, técnica y exacta de la situación actual del mundo para que no nos inspiremos en el mero oportunismo del momento presente, perdiendo así muchas fuerzas y teniendo que cambiar repetidamente nuestros planes<sup>18</sup>.

Fiel al propósito de escrutar los signos de los tiempos, la “Exposición preliminar” de GS analiza algunos rasgos característicos del mundo moderno (cf. GS 4-10). Lejos de descubrir nada nuevo, solo pretenden manifestar públicamente que el mundo que la Iglesia toma en consideración no es otro que es el mundo actual, con sus luces y sombras<sup>19</sup>. Quizás los signos que definen de forma más inequívoca al mundo contemporáneo sean la secularidad y la concepción dinámica de la realidad. La visión del P. Arrupe se asemejaba mucho a la de la Constitución Pastoral, por ejemplo, respecto a los “profundos y rápidos cambios”, que “se extienden progresivamente a todo el universo” (GS 4b), a un mundo “gravísimamente dividido por fuerzas antagónicas” (GS 4d), a la “transformación de las condiciones de vida” (GS 5a) o a las “contradicciones y desequilibrios” (GS 8a; 10a) constatables. También compartía el diagnóstico socio-religioso de la situación descrita (cf. GS 7) y su reconocimiento de la autonomía de las realidades terrenas (GS 36b), que ha supuesto una gran transformación

---

caracterizan una época, y a través de los cuales se expresan las necesidades y las aspiraciones de la humanidad presente”. Cf. L. GONZÁLEZ-CARVAJAL, *Iglesia en el corazón del mundo*, Madrid 2005, 55-58.

<sup>18</sup> *Acta Synodalia* IV, II, 483.

<sup>19</sup> GS 9d: “De este modo, el mundo actual se muestra al mismo tiempo poderoso y débil, capaz de realizar lo mejor y lo peor, pues tiene ante sí el camino hacia la libertad o la esclavitud, el progreso o el retroceso, la fraternidad o el odio”. Los textos de la Constitución Pastoral son citados según la edición bilingüe: *Concilio Vaticano II. Constituciones. Decretos. Declaraciones*, Madrid 1993, 298-499.

tanto para la sociedad, como para la Iglesia. El P. Arrupe nunca se apartó de esa visión de conjunto sobre nuestro mundo de GS<sup>20</sup>. Pero, de una manera muy especial, él detectó las exigencias de muchos que reclaman con insistencia los bienes de que “se consideran privados por la injusticia o por un reparto no equitativo” (GS 9b):

El grito que por todas partes se deja oír a favor de la justicia es un signo de los tiempos: a partir de situaciones sumamente dispares, millones de hombres y mujeres de todos los continentes y razas, la reclaman<sup>21</sup>.

Sin embargo, su mirada siempre se elevaba por encima de los signos más sombríos de los desórdenes mencionados con una confianza radical en la posibilidad de superar esas situaciones. Él percibía también en el mundo contemporáneo un renacimiento positivo, muy esperanzador. En una conferencia sobre la acción misionera (1968)<sup>22</sup> decía el General de los jesuitas:

Mientras la Iglesia se renueva y está abriéndose al diálogo, el mundo está viviendo por su lado el mismo proceso de renovación y apertura... El mundo moderno que nos ha visto nacer y en el que tenemos la fortuna de vivir, está en ebullición, en movimiento. Ha tomado conciencia de que las estructuras que hasta ahora han articulado el desarrollo de la vida, no son idóneas.

En palabras de Yves -M. Congar, la llamada a discernir los signos de los tiempos significa para la Iglesia “que la historia o la experiencia humana es para ella ‘un lugar teológico’, una fuente de la que debe sacar elementos para su conocimiento y para la palabra que ha de pronunciar”<sup>23</sup>. En efecto, el sentido moderno de la expresión *signa temporum*, adoptado

<sup>20</sup> J.-Y. CALVEZ, *El Padre Arrupe. Profeta en la Iglesia del Concilio*, 34-36. Sin embargo, también reconocía el sentido joánico de “mundo” llamándolo “concupiscencia de lo social” (P. ARRUPE, *Hombres y mujeres para los demás* (Eides 76), Barcelona 2015, 16).

<sup>21</sup> P. ARRUPE, “Arrraigados y cimentados en la caridad”. Conferencia de clausura del mes ignaciano (6 de febrero de 1981) en *La Iglesia de hoy y del futuro*, 727.

<sup>22</sup> *Id.*, “Fe cristiana y acción misionera hoy”. Conferencia a los directores de las OMP (Roma, 2 de abril de 1968) en *La Iglesia de hoy y del futuro*, 177-198.

<sup>23</sup> Y. -M. CONGAR, “Iglesia y mundo en la perspectiva del Vaticano II” en Y. CONGAR – M. PEUCHMAURD, dirs., *La Iglesia en el mundo de hoy. Constitución Pastoral “Gaudium et Spes” III*, Madrid 1970, 35.

por GS, no se agota en el puro análisis sociológico. A ese discernimiento debe seguir la integración de esos signos en la historia de la salvación como manifestaciones de la voluntad de Dios o del pecado humano. Para ello, deben ser sometidos a la luz del Evangelio y de la tradición de la Iglesia. El P. Arrupe, reelegido sucesivamente por cinco períodos (1967-1979) presidente de la Unión de Superiores Generales y nombrado por Pablo VI miembro de la Sagrada Congregación para los Religiosos (1968-1973), recordaba a menudo la responsabilidad de la vida consagrada en relación con los signos de los tiempos<sup>24</sup>.

## 2.2. CRISTO RECAPITULADOR (cf. GS 39C)

“Nuestro tiempo –decía el P. Arrupe– busca a Dios, sobre todo, con interrogaciones. No hay que lamentarlo, pues la grandeza del hombre está en su especial capacidad de hacer preguntas”<sup>25</sup>. A propósito de “los interrogantes más profundos del hombre”, el último párrafo de “Exposición preliminar” de la Constitución Pastoral afirma que el Concilio se dirige a todos “bajo la luz de Cristo” para responder a los principales problemas de nuestro tiempo (GS 10b). Efectivamente cada uno de los cuatro caps. de la primera parte del documento (dignidad de la persona, comunidad humana, actividad en el mundo y misión de la Iglesia) termina con una referencia cristológica (cf. GS 22; 32; 39; 45). Cristo ilumina la temática tratada porque, para la Iglesia, todas las realidades cambiantes de nuestro mundo “tienen su fundamento último en Cristo, que es El mismo, ayer, hoy y por los siglos” (GS 10b; cf. Hb 13,8).

Se ha observado muy acertadamente que la cristología de GS –como la de san Ireneo de Lyon– es una “cristología de recapitulación” (“*Rekapitulations-Christologie*”)<sup>26</sup>. El Verbo de Dios, mediador en la obra de la

<sup>24</sup> “Los religiosos están en disposición de ayudar positivamente a las iglesias en su deber permanente de escrutar los signos de los tiempos, e interpretarlos a la luz del evangelio” (citado por J. Y. CALVEZ, *El Padre Arrupe. Profeta en la Iglesia del Concilio*, 211).

<sup>25</sup> “No está uno por encima de san Pablo, san Agustín o cualquier otro de los buscadores inquietos por haber aprendido a manejar las máquinas del s. XX. No hay experiencia de Dios que elimine la incomodidad de nuestra condición de ser preguntones, inquietos, insatisfechos con la imagen que nos hacemos de la realidad” (P. ARRUPE, “Experiencia de Dios en la vida religiosa”. Conferencia en la Semana Nacional de los Institutos Religiosos de España (Madrid, 12-16 abril 1977) en *La Iglesia de hoy y del futuro*, 676).

<sup>26</sup> T. GERTLER, *Jesus Christus -Die Antwort der Kirche auf die Frage nach dem Men-*

creación, con su encarnación redentora ha realizado ya su destino último. Con la Resurrección de Cristo ha aparecido ya la realidad última y se han inaugurado los “*nuevos cielos y la nueva tierra*” (2Pe 3,13; cf. Ap 21,1). Es decir, en virtud del misterio pascual el mundo y la historia humana están destinados a ser transformados, según el plan divino, para alcanzar su consumación (cf. GS 2b). Por eso, Cristo es también el Mediador en quien serán recapituladas todas las cosas. No es de extrañar que Ef 1,10 sea el versículo de la Biblia más veces citado por la Constitución Pastoral (cf. GS 38a; 45b; 57d; 58d).

Del 19 al 21 de octubre de 1965, durante los debates del último período conciliar, la *Sala Stampa* del Vaticano II organizó una serie de conferencias sobre diversos aspectos del Concilio. Al P. Arrupe le encomendaron la del día 20 sobre el tema “Cultura y misión”. Como resaltaba al día siguiente la crónica de *L’Osservatore Romano* era “la primera vez que el Superior de una Orden se presenta ante la asamblea de periodistas acreditados en el Concilio”. En esta alocución pública, el P. Arrupe subrayó la centralidad de “Cristo recapitulador” con vistas a la reunificación del hombre y del mundo:

Cristo es, en efecto, según todas las dimensiones íntimas e históricas, espirituales y cósmicas, divinas y humanas, quien integra divinamente al hombre y al mundo. Es el único “en quien se fundamenta todo”. Es el Único que puede hacer que todo en el hombre “tenga consistencia”, sin que la unidad del hombre explote bajo la presión de los contenidos universales a los que debe abrirse por la cultura, es decir, sin dislocarse. Integrando al mundo en el poder de Dios y en la fidelidad total a toda la humanidad, Cristo muerto y resucitado es la recapitulación lograda... Solo las energías increadas de la Resurrección, más allá de las posibilidades históricas del hombre, pueden realizar en Cristo los proyectos culturales de nuestra humanidad. Despertando en todo ser humano una sed insaciable de totalidad, la cultura es una de las formas ocultas de la sed experimentada por aquél que recapitula todas las cosas. No que Cristo quiera, pueda o deba nunca dispensar al hombre de todo su esfuerzo de integración humana; pero, [la] síntesis humano-divina, anunciada proféticamente, históricamente revelada y esperada escatológicamente, Cristo

---

*schein. Eine Untersuchung zu Funktion und Inhalt der Christologie in ersten Teil der Pastorkonstitution “Gaudium et Spes” des zweiten vaticanischen Konzils, Leipzig 1986, 93-115.*

Recapitulador permite al hombre apasionado por la cultura no romperse en su esfuerzo cotidiano hacia la totalidad<sup>27</sup>.

En estas palabras es fácilmente reconocible la alusión a la cosmovisión antropológica y religiosa de Pierre Teilhard de Chardin (1881-1955), a quien el P. Arrupe quería y leía asiduamente. Con anterioridad, en otra conferencia de prensa al día siguiente de su elección como General de la Compañía, cuando la obra del paleontólogo y teólogo francés estaba todavía en entredicho tras el *monitum* del Santo Oficio, se había pronunciado ya en su favor. Además de admirar a su tocayo –compañero y misionero como él– por su profunda espiritualidad y sus conocimientos, Teilhard representaba para el P. Arrupe el ejemplo del científico comprometido con su fe y “*Le Christ cosmique*” un modelo fecundo para el urgente diálogo entre teología y ciencia. El sabio jesuita francés fue un precursor de la apertura de la Iglesia al mundo que caracteriza la enseñanza conciliar y su cristología evolutiva inspira en particular la teología de GS. El P. Arrupe tuvo oportunidad de rendirle homenaje con ocasión de la celebración de su centenario<sup>28</sup>, poco antes del ataque cerebral que sufrió en 1981.

La Constitución Pastoral subraya con insistencia que la esperanza escatológica no solo no ahorra la tarea de transformar el mundo, sino que la motiva e impone como una obligación ineludible (cf. GS 21c; 34c; 43a; 57a). Esta idea está ya sugerida en LG 35a y responde implícitamente a la objeción marxista que considera la religión intrínsecamente alienante porque disuade de la liberación socioeconómica (cf. GS 20b). En este contexto, GS 39 (“Tierra nueva y cielo nuevo”), número con el que se cierra el cap. 3 de la primera parte, trata de establecer una síntesis entre las dimensiones histórica y escatológica de la salvación<sup>29</sup>. Afirma que la tierra y la humanidad tendrán un

---

<sup>27</sup> P. ARRUPE, “Cultura y misión”. Conferencia en la Oficina de Prensa del Concilio Vaticano II (20 de octubre de 1965) en *Aquí me tienes, Señor*, Anexo 8, 161-162.

<sup>28</sup> *Carta al Centro Sèvres de París* (13 de junio de 1981), citada por J.-Y. CALVEZ, *El Padre Arrupe. Profeta en la Iglesia del Concilio*, 124-125.

<sup>29</sup> La novedad y complejidad de esta temática se advierte todavía en la labor de artesanía con que, en la redacción final de GS 39 se entrecruzan, integrándose y corrigiéndose mutuamente, sus afirmaciones: “ignoramos/nos enseña”, “pasa/permaneciendo”, “hay que distinguir cuidadosamente/interesa mucho”, “presente/se consumará”. Cf. R. SALA, *La salvación humana a la luz del misterio trinitario en la Gaudium et Spes*, Ex. Diss. PUG, Valladolid 1999, 124-133.

cumplimiento definitivo en el que toda la creación será transformada. El párrafo final (GS 39c) comienza enumerando los valores de la dignidad humana, la comunión fraterna y la libertad como bienes representativos de “todos estos frutos buenos de la naturaleza y de nuestra diligencia”. Se trata de los bienes relacionados con la actividad humana en tanto que transforman al hombre mismo. Coinciden básicamente con los apuntados precedentemente en GS 35a. Seguidamente el texto señala que, mediante el esfuerzo humano individual y colectivo, esos valores humanos deben extenderse universalmente. Tienen como agente difusor en la historia al Espíritu Santo que los orienta hacia su consumación. En consecuencia –prosigue el texto conciliar–, “los encontraremos después de nuevo, limpios de toda mancha, iluminados y transfigurados, cuando Cristo entregue al Padre el reino eterno y universal”.

Sorprende comprobar que GS 39c reproduce casi literalmente un párrafo del decreto sobre la “*Misión de la compañía acerca del ateísmo*”, promulgado por el neo-electo Prepósito General de la Compañía al finalizar la primera sesión de la CG 31 (15 de julio de 1965):

Hay que esforzarse por que la fe informe toda la vida concreta del hombre y por que resulte claro que la vida cristiana no aparta de la edificación del mundo, más aún, que los valores humanos cultivados sin soberbia y el mismo universo, limpios de la corrupción del pecado, iluminados y transfigurados, pueden encontrarse en el “reino eterno y universal” que Cristo entregará al Padre en la consumación del mundo<sup>30</sup>.

Naturalmente, esta misma fundamentación teológica de la actividad humana en el mundo estaba ya muy claramente presente en los escritos de Teilhard<sup>31</sup>. Por otra parte, el P. Arrupe va a encontrar también en la cristología de este autor una motivación extra para impulsar la renovación de la tradicional devoción jesuítica al Corazón de Jesús, entonces en notable retroceso, tal como le había pedido expresamente san Pablo VI<sup>32</sup>. Destacaba como un rasgo fundamental de la personalidad y de la obra del jesuita francés “su amor ar-

---

<sup>30</sup> Decreto “Misión de la Compañía acerca del ateísmo” n. 7: *Congregación General 31. Documentos*, 33.

<sup>31</sup> Cf. P. TEILHARD DE CHARDIN, *El medio divino*, Madrid 1972, 30.

<sup>32</sup> Cf. P. ARRUPÉ, *Carta a la Compañía de Jesús comunicando las “Litterae Pontificiae” sobre el culto al Sagrado Corazón de Jesús* (17 de junio de 1965) en *Aquí me tienes, Señor*, Anexo 3, 129-130.

diente hacia Cristo, que ocupaba el centro de su pasión por un mundo transformado, culminado y logrado por el cristianismo”. Por su parte, como señala GS 38, el P. Arrupe creía que Cristo recapitula en sí mismo (cf. Ef 1,10) la historia del mundo, que nos revela el amor de Dios (cf. 1Jn 4,8) y nos enseña que el mandamiento nuevo es “la ley fundamental de la perfección humana y, por tanto, de la transformación del mundo” (GS 38a)<sup>33</sup>. Comentando la contemplación de Cristo en la cruz de los *Ejercicios Espirituales*, como san Ignacio, él invitaba a “discurrir por lo que se ofreciere” (EE 53), porque Cristo, sufriendo la muerte por nosotros y constituido Señor por su resurrección, obra ya en el corazón del hombre por su Espíritu para instaurar la fraternidad universal.

### 2.3. “MISIÓN DE LA IGLESIA EN EL MUNDO CONTEMPORÁNEO”

Parfraseando el texto de las *Confesiones* de san Agustín –inmediatamente antes de la narración del episodio de su conversión–, que refleja su resolución de vencer las resistencias para pasar a la acción (cf. *Conf.* 8,12,28), el P. Arrupe concluía su última intervención en el Concilio con estas palabras; “Terminaré con San Agustín: “Y esto ¿cuándo?... Si alguna vez ¿por qué no ahora? Y si ahora no, ¿por qué alguna vez?”<sup>34</sup>. Ya en los apuntes de sus ejercicios espirituales antes de su participación en el Vaticano II, el nuevo General de los jesuitas había dejado constancia de su firme determinación de servir, urgente y eficazmente (“elán apostólico”)<sup>35</sup>, al frente de la Compañía a la misión de la Iglesia en el mundo actual.

El título del último capítulo de la primera parte de GS (cap. 4: “Misión de la Iglesia en el mundo actual”) es casi idéntico al del conjunto de la Constitución Pastoral; únicamente va precedido por la palabra “*munere*” (tarea). GS se plantea la relación de la Iglesia con el mundo como

<sup>33</sup> Cf. P. ARRUPE, “Arraigados y cimentados en la caridad” en *La Iglesia de hoy y del futuro*, 762-764.

<sup>34</sup> *Id.*, “El misionero en la situación actual del mundo”. Intervención en el Vaticano II (12 de octubre de 1965) en *La Iglesia de hoy y del futuro*, 165.

<sup>35</sup> “Absolutamente necesario es hoy ese elan –entusiasmo, dinamismo... optimista–; la obra que tenemos que realizar es demasiado grande y difícil (complicada, obstaculizada, de estudio profundo y realizaciones delicadas, rápidas, etc.) para que nos podamos permitir el ver las cosas con indiferencia o con una calma lenta” (*Id.*, *Aquí me tienes, Señor*, 92).

un servicio (cf. GS 3b)<sup>36</sup>. En su introducción se explica que la Iglesia no sirve al mundo desde fuera, sino encarnada *en* él: actúa en el mundo “como fermento y alma de la sociedad humana” (GS 40b). A continuación, los siguientes números del cap. 4 desarrollan las aportaciones de la Iglesia al mundo en correspondencia con los temas de cada uno de los capítulos anteriores: persona, comunidad y actividad humanas. La “ayuda que la Iglesia procura prestar a cada hombre” es, ante todo, darle a conocer a Cristo y promover el respeto de su dignidad (cf. GS 41); respecto a la comunidad humana, se explica que la misión de la Iglesia, como la de Cristo, es de orden religioso –anunciar y hacer presente el Reino– y que tal misión comporta responsabilidades políticas, económicas y sociales (cf. GS 42); por último, en cuanto a la ayuda de la Iglesia al dinamismo humano, consiste en ofrecerse a la sociedad con vocación de servicio porque el divorcio entre la fe y la vida es “uno de los errores más graves de nuestro tiempo” (GS 43a).

El P. Arrupe se identificaba personalmente como misionero y se esforzó siempre por optar, decidir y actuar como un enviado, pensando no solo en los jesuitas, sino en toda la Iglesia<sup>37</sup>. Con frecuencia, él usaba el término “misión” en su sentido más tradicional, pero lo entendía en el sentido más amplio que le da GS: “debemos cambiar el concepto antiguo”, escribe en los apuntes de sus Ejercicios. Era plenamente consciente de que el encargo corresponde a todo el Pueblo de Dios (prelados, sacerdotes, religiosos y fieles)<sup>38</sup>. Ante todo, habla de la misión, no reducida a una tarea concreta, aunque haya de desembocar en ella, sino concebida y vivida como el dinamismo evangelizador permanente que brota de Dios, por el que el ser humano se deja libremente envolver y que, mediante un proceso de mediaciones, traduce la voluntad de Dios en acciones concre-

---

<sup>36</sup> San Pablo VI reconocía en el *Discurso de clausura del Vaticano II* que “La Iglesia se ha declarado casi la sirvienta de la humanidad” (n. 13: *Acta Synodalia* IV, VII, 661-662).

<sup>37</sup> Comentando el “autorretrato” que presentan los Apuntes de sus Ejercicios Espirituales (1965), I. Iglesias escribe: “Su horizonte personal es la misión. Sus antenas están permanentemente abiertas a Aquel que le envía, al mundo al que va enviado (ahora de verdad el “universo mundo”), a la Iglesia (y al Papa), dadores de la misión, y a la Compañía... Antes de y por encima de profeta o líder espiritual, como se le etiqueta, Arrupe es misionero cien por cien, en el sentido más puro del término” (P. ARRUPE, *Aquí me tienes, Señor*, 19 y 32).

<sup>38</sup> Cf. P. ARRUPE, “El misionero en la situación actual del mundo”. Intervención en el Vaticano II (12 de octubre de 1965) en *La Iglesia de hoy y del futuro*, 161-165.

tas. En efecto, esta concepción de la misión le llevó a proponer con audacia, en su intervención sobre GS ante los Padres conciliares, la necesidad de “una acción mundial”, adjetivada entonces por algunos como ingenua. En la conferencia “Fe cristiana y acción misionera” (1968), el P. Arrupe manifiesta su satisfacción por la confirmación hecha por el Concilio Vaticano II del deber de misionar y de su alcance universal<sup>39</sup>. Y advertía de la responsabilidad de todos en esa tarea (cf. AG 36) porque “el espíritu misionero y el espíritu cristiano son la misma cosa” según el magisterio pontificio (Pío XII y Juan XXIII) y la enseñanza conciliar.

Como la Constitución Pastoral, el P. Arrupe contemplaba las relaciones entre la Iglesia y el mundo en clave de reciprocidad: la Iglesia no solo ofrece al mundo, sino que también recibe de él (cf. GS 44).

Al mismo tiempo que ayuda al desarrollo de las culturas, la Iglesia recibe de esas mismas culturas muy grandes enseñanzas: la Iglesia aprende del hombre y del mundo a ser ella misma.

Es movida a reflexionar más profundamente sobre el contenido del mensaje evangélico, que debe predicar y hacer entender, contribuyendo en esto al desarrollo de la conciencia humana a través de la historia. Cada cultura le plantea una cuestión, lo que es para ella ocasión de descubrir sus propias riquezas. Los ejemplos abundan: la cultura grecorromana...; el humanismo de los siglos XII y XIII de occidente...; la noción de “tolerancia” y de “libertad religiosa”, etc...

¿Cómo puede presentar el Evangelio sin referencia a culturas pasadas, que le han permitido ya conocerse y expresarse?... cada cultura aporta a la Iglesia su propia riqueza... La Iglesia acoge todos los valores culturales de nuestra generación, pero es necesariamente lenta en hacerlos plenamente suyos porque, guardiana de la integridad del misterio de Cristo, debe velar para no perder nada de lo que el mundo le aporta, ni dejar que se deteriore lo que sabe necesario a su vida<sup>40</sup>.

Con ese prudente discernimiento crítico, la Iglesia reconoce agradecida que “quienes promueven la comunidad humana en el orden de la familia, de la cultura, de la vida económico y social, y de la política, tanto

---

<sup>39</sup> “Un motivo de optimismo mirando al próximo futuro, consiste en la apertura y universalidad con que actualmente se presenta el apostolado misionero, gracias al Concilio y a los recientes documentos de la Iglesia docente” (*Id.*, Conferencia a los directores de las OMP (Roma, 2 de abril de 1968) en *La Iglesia de hoy y del futuro*, 194).

<sup>40</sup> *Id.*, “Cultura y misión” nn. 4 y 7 en *Aquí me tienes, Señor*, Anexo 8, 164 y 166-167.

nacional como internacional, aportan, según el designio de Dios, también una gran ayuda a la comunidad eclesial, en la medida en que ésta depende de las realidades externas” (GS 44c). Aplicando “los principios y las luces que manan de Cristo” (GS 46b) a la problemática concreta del mundo actual en sus diversos ámbitos (familiar, cultural, socioeconómico, político e internacional), toda la segunda parte de la Constitución pastoral se presenta como un “programa de praxis”<sup>41</sup>. Los escritos del P. Arrupe abordan todas esas cuestiones urgentes de la misión de la Iglesia en el mundo actual, pero prestan una atención particular al ya aludido fenómeno del ateísmo, a los valores de la cultura (cap. 2) y a la promoción de la justicia y la paz (caps. 3, 4 y 5). Se ofrecen a continuación, de forma sintética, algunas de sus reflexiones y propuestas de acción en aplicación de la enseñanza de la Constitución Pastoral.

### 3. TRES TEMAS DE GS EN LA LECTURA DEL P. ARRUPE

#### 3.1. ATEÍSMO Y DIÁLOGO CON LOS NO CREYENTES

##### a) *El problema del ateísmo*

Como ya se ha recordado, san Pablo VI había encomendado expresamente a la Compañía de Jesús la misión de hacer frente al ateísmo contemporáneo, en la etapa final del Vaticano II. También se ha mencionado que la intervención de Arrupe en el Aula conciliar durante el debate sobre la Constitución Pastoral versó precisamente sobre este tema (GS 19-21). Allí constató la insuficiencia de intentar buscar una solución puramente teórica al “grave problema del ateísmo” porque “no es un problema exclusiva o primariamente filosófico”. “Más que defender, debemos crear; más que exponer, debemos mover; más que contemplar la verdad, debemos llevarla a efecto”<sup>42</sup>.

El P. Arrupe constataba la extensión del fenómeno del ateísmo y la secularización del mundo en un discurso ante la asamblea anual de los ca-

---

<sup>41</sup> Y. CONGAR, “El papel de la Iglesia en el mundo de hoy (1ª parte, capítulo IV)” en Y. CONGAR – M. PEUCHMAURD, eds., *Vaticano II. La Iglesia en el mundo de hoy. Constitución pastoral ‘Gaudium et spes’* II, Madrid 1970, 375.

<sup>42</sup> *Acta Synodalia* IV, II, 482. Traducción en P. ARRUPE, *La Iglesia de hoy y del futuro*, 126.

tólicos alemanes (Tréveris 1970)<sup>43</sup>. Un ateísmo militante en los países del telón de acero del Este de Europa, pero muy presente también en el mundo occidental. Es más, un ateísmo práctico que estaba irrumpiendo cada vez con más fuerza en África y Asia. Descubría asimismo una crisis de fe, “una de las más graves de toda la historia de la Iglesia”, provocada por las preguntas que el Vaticano II se había atrevido a formular en GS. Según él, ciertas respuestas teológicas “ateas” estaban despojando de su carácter misterioso a los contenidos básicos de la fe<sup>44</sup>. Sin embargo, para Arrupe, a menudo, la principal causa del ateísmo hunde sus raíces en razones económicas y sociales: “Para centenares de millones de católicos, en este mundo de hoy, la auténtica crisis de fe no es el materialismo práctico, ni una reflexión teológica mal asimilada, sino la miseria brutal...”.

En el inmediato postconcilio, la secularización era una novedad y nunca se había hablado tanto de la gran diversidad de posturas que configuraban el ateísmo. Algunas décadas después, la percepción de la situación iba a evolucionar. El ateísmo formal daba paso a posiciones agnósticas o de indiferencia religiosa. En la CG 31 el P. Arrupe había interpelado a los jesuitas para profundizar en el pensamiento y la mentalidad de los increyentes<sup>45</sup>. Llama la atención la insistencia con que él vinculaba la increencia contemporánea a la injusticia social. Ya la Constitución Pastoral había apuntado a la protesta contra el mal en el mundo como una de las causas del ateísmo (cf. GS 19b). En esta línea la CG 32 (1975) lo reiteraba en los siguientes términos: “el predominio de la injusticia en el mundo en el que la supervivencia de la raza humana depende del amor mutuo... es uno de los principales obstáculos para creer en un Dios que es justicia porque es amor” (decreto 2, nº 7). Para Arrupe, hay un nexo claro entre el ateísmo y el escándalo de la miseria y la injusticia social.

---

<sup>43</sup> Cf. “El futuro de la Iglesia”, *Conferencia en el Katholikentag* (Tréveris, 10 de septiembre de 1970) en P. ARRUPE, *La Iglesia de hoy y del futuro*, 36-38.

<sup>44</sup> Probablemente estaba aludiendo a algunas corrientes teológicas secularistas del momento como la llamada “teología de la muerte de Dios”.

<sup>45</sup> “Todos los miembros de la Compañía, cualquiera que sea el trabajo al que se dediquen... cultiven un conocimiento más profundo del ateísmo y de la indiferencia hacia la religión. Investiguen sus diversas formas” (Decreto 2, nº 9).

### b) *Increencia e indiferencia*

A lo largo de su mandato, el Prepósito General de los jesuitas tomó esta misión especial ante el reto del ateísmo, recibida del Pontífice y del Concilio, con sumo interés. En una circular interna titulada “*Nuestra responsabilidad frente a la increencia*” (1979), después de presentar la fe, a la vez, como un don gratuito y una misión confiada (n. 2), el P. Arrupe indicaba la pluralidad de formas de increencia y la necesidad de abordarlas de un modo adecuado para entrar en diálogo con los no creyentes:

Hay un ateísmo de estado, hay doctrinas filosóficas ateas con matices varias, o escepticismo no menos elaborado, pero con mayor frecuencia se tratará de simple no-creencia o indiferencia. Pero la indiferencia supone, al menos implícitamente, este juicio: Dios no importa nada, no significa nada, ni tiene referencia alguna con la vida concreta; en consecuencia, el tema de Dios ni se plantea siquiera<sup>46</sup>.

En este mismo documento, se advertía de la existencia de increencia también en el seno del mismo cristianismo (respecto a la Iglesia y su credibilidad e incluso a Cristo) y de la “relación estrecha entre los problemas de los increyentes propiamente dichos y las dificultades de fe que tienen con frecuencia los mismos creyentes”. El P. Arrupe sostiene con realismo que interesarse por la increencia en el mundo de hoy implica también a los propios creyentes “incluidos los sacerdotes y religiosos, que experimentan las dificultades de fe características de la época actual” (n. 11). Por eso, según el General de los jesuitas, ante el fenómeno del ateísmo se impone el compromiso de profundizar en nuestra fe, vivir en la oración y dar testimonio del compromiso por la justicia. En el diálogo con los increyentes el trato delicado y amistoso no está reñido con el compromiso religioso y apostólico. No se puede renunciar al anuncio explícito de Jesucristo (cf. GS 21e): “aun manifestando el mayor respeto, y sabiendo también el valor primordial del testimonio, debemos guardarnos de una actitud apostólica pasiva” (n. 21).

Según Jean -Y. Calvez, consejero del General de los jesuitas durante 14 años, como fruto de su compromiso misionero, el P. Arrupe fue un incansable promotor del diálogo con los no creyentes (cf. GS 21f). Él con-

---

<sup>46</sup> *Carta a la Compañía 25 de noviembre de 1979*, n. 8: *Acta Romana SI* (1979), 868.

tribuyó de una forma directa a comenzar a superar la barrera social, que se interpone todavía hoy, entre creyentes y no creyentes<sup>47</sup>.

### 3.2. EVANGELIZACIÓN DE LAS CULTURAS E INCULTURACIÓN

#### a) *Fe y culturas*

La Constitución pastoral dedica las dos secciones del cap. 2 de su segunda parte (nn. 53-62) al tema de la cultura. Teniendo en cuenta que todas las otras cuestiones abordadas por GS (vida matrimonial y familiar, economía, política, relaciones internacionales y paz) son aspectos particulares de la cultura de cada pueblo, quizás este capítulo bien podía haber encabezado esta segunda parte del documento<sup>48</sup>. El P. Arrupe no solo va a conceder a esta temática conciliar la máxima importancia para el mundo actual, sino que va a ser un pionero en la introducción del término “inculturación” en el vocabulario eclesial<sup>49</sup>.

El Vaticano II se interesa por un doble sentido de la noción de “cultura” (cf. GS 53). En su sentido más clásico o general, se usa en singular (“la cultura”) y trata del acceso de todas las personas a la educación y de la promoción de los bienes culturales (cap 2, sec. 3). Es cultura el patrimonio de conocimientos de todo tipo que custodia una minoría “cultura” dentro de la sociedad. En su acepción más moderna o antropológica hay que usar el plural (“culturas”), que hace referencia a “estilos de vida común diversos y escalas de valor diferentes” (GS 53c) a nivel de costumbres, lenguajes, comportamientos, creencias y prácticas religiosas, etc. (cap. 2, secs. 1 y 2). Es decir, lo cultural son las formas compartidas de interpretar el mundo que predominan en los grupos humanos. Sin obviar, ni mucho menos, el valor del apostolado de la Iglesia en el campo académico (colegios, universidades), para el P. Arrupe el tema de las culturas está indisolublemente unido al tema de la misión de la Iglesia en el mundo. Sus reflexiones sobre la problemática cultural se van a centrar en dos cuestiones principales. Inicialmente se preocupa, sobre todo, por la crisis religiosa

---

<sup>47</sup> Cf. J.-Y. CALVEZ, *El Padre Arrupe. Profeta en la Iglesia del Concilio*, 160-163.

<sup>48</sup> Cf. C. SÁNCHEZ, “La cultura en la Constitución *Gaudium et spes*” en *Comentarios a la Constitución Gaudium et spes*, Madrid 1968, 473.

<sup>49</sup> Cf. J.-Y. CALVEZ, *El Padre Arrupe. Profeta en la Iglesia del Concilio*, 105-115; I. IGLESIAS, “Padre Arrupe: la inculturación, clave de la ‘nueva’ evangelización”: *Sal Terrae* 95 (2007) 753-765.

de la cultura. Después se va a ocupar decisivamente de los procesos de inculturación del Evangelio, contribuyendo en primera persona al desarrollo de las orientaciones de la Constitución Pastoral.

Todavía durante el Concilio Vaticano II, en la ya citada conferencia sobre “Cultura y misión”<sup>50</sup>, el P. Arrupe comenzó presentando la cultura como “despliegue armonioso de todo el hombre y de todo hombre”, para describir después, con tonos sombríos, un proceso de “desintegración de la cultura”<sup>51</sup>. Según él, en la tarea cultural de reunificar al ser humano, volviendo a integrar sus saberes fragmentados, la contribución del cristianismo se antoja “central y salvífica”: “solo la catolicidad dinámica de Cristo puede permitir devolver a la cultura, más allá de sus mitos y angustias, la ambición de integración que, humanamente hablando, le corresponde”. En eso consiste hoy la misión, en su sentido más amplio, como señala el P. Arrupe: “de esta certeza y de esa esperanza nacen en el momento actual la misión y el esfuerzo de la Iglesia por acercarse al hombre y al mundo actual”. GS 61 se hace eco de este mismo convencimiento de la necesidad de refundar la universalidad cultural.

Para el General de la Compañía la relación entre la Iglesia y la cultura humana es “un hecho” y “una verdad”. Ante todo, un hecho, porque “la proclamación del evangelio no puede prescindir de la cultura de aquellos a quienes se dirige”. Es también una verdad humana y evangélica a la vez. Una oportunidad. El ser humano a quien la Iglesia anuncia la salvación no es un individuo aislado, sino el miembro de una comunidad de hermanos.

Porque la Iglesia ama al hombre en la totalidad de su ser (y no solamente en una parte del mismo, llamada espiritual), ama también con el mismo amor a las diversas culturas por medio de las cuales el ser humano vive a la espera de Dios. Es necesario decirlo con fuerza: la Iglesia

---

<sup>50</sup> P. ARRUPE, “Cultura y misión”. Conferencia en la Oficina de Prensa del Concilio Vaticano II (20 de octubre de 1965) en *Aquí me tienes, Señor*, Anexo 8, 159-167.

<sup>51</sup> “La humanidad, comprometida hoy en el conocimiento científico del mundo y de sí misma, se ha alejado al mismo tiempo de Dios... El hombre ha perdido la referencia a su Centro y ha empezado a dudar de que ese Centro haya existido realmente o de que haya para el hombre otra cosa que el hombre mismo. De aquí que los universos nacidos de su cultura –filosóficos, científicos o simplemente prácticos– le han parecido como otros tantos absolutos a los que consagrarse... Al final descorazonador de un tal proceso, la cultura aparece como la brillante exploración de la nada...” (*Ib.*, 160-161).

no puede salvar a los hombres, sino es salvándoles *en* y *con* el medio vivo que forma su cultura<sup>52</sup>.

GS 58 recogerá también esta misma pedagogía para la evangelización: “la Iglesia, enviada a todos los pueblos... no está ligada exclusiva o indisolublemente a ninguna raza o nación... Adhiriéndose a su propia tradición y consciente al mismo tiempo de su misión universal, puede entrar en comunión con las diversas formas de cultura”. Este texto no hace sino aplicar lo ya indicado en LG 13 en relación a la nota de la catolicidad de la Iglesia y reiterar lo expresado en la primera parte de la Constitución Pastoral al referirse a la misión de la Iglesia en el mundo (cf. 42d; 44b). Por otra parte, como señala de nuevo GS 58, el intercambio enriquece tanto a las culturas, como a la misma Iglesia. Al mismo tiempo que promueve el desarrollo de las culturas, “la Iglesia recibe de estas mismas culturas muy grandes enseñanzas: la Iglesia aprende del hombre y del mundo a ser ella misma”, sostiene el P. Arrupe. Se trata de otra novedosa aportación presente también en el magisterio conciliar (cf. GS 44).

#### b) *Inculturación de la fe*

Cada cultura no solo aporta a la Iglesia sus valores, sino que también le ayuda a redescubrir las propias riquezas, porque tiene su modo particular de comprender y acoger el mensaje cristiano. El P. Arrupe ilustra esto con una serie de ejemplos. Es evidente en el caso de las misiones del oriente (China, Filipinas, Japón), pero incluso dentro de la cultura occidental, dice él, “la presentación del mensaje cristiano ha resultado coloreada por cada generación”. El encuentro intercultural es también para la Iglesia ocasión de discernimiento y purificación: “le ofrece la ocasión de deshacerse de formas y expresiones que hubiera tenido la tentación de creer definitivas y necesarias”. Para anunciar el evangelio ninguna cultura es superior a otra<sup>53</sup>.

---

<sup>52</sup> En su conferencia, el P. Arrupe evocaba a continuación las instrucciones en este mismo sentido que ya en 1659 daba la Santa Sede a los vicarios apostólicos enviados a las misiones de China: “No intentéis forzar a estos pueblos a cambiar las tradiciones y las costumbres. ¿Puede haber cosa más absurda que introducir en China a Francia o a España o a Italia o a cualquier otra nación europea? No introduzcáis a estas naciones, introducid, ante todo la fe, que no menosprecia ni hiere las costumbres y tradiciones de los pueblos...” (*Ib.*, 163).

<sup>53</sup> “Es evidente que ciertas culturas pueden ayudar durante un tiempo a presentar el Evangelio, pero finalmente cada cultura debe ser capaz de asimilar todo el mensaje cristiano y de expresarlo según su modo de pensar” (*Ib.* 165).

Sobre la cuestión de la inculturación –señala J. -Y. Calvez–, al P. Arrupe le sirvió de estímulo el innovador pronunciamiento del Vaticano II sobre las culturas en la Constitución Pastoral y también en el decreto *Ad Gentes*<sup>54</sup>. Él trató expresamente de la necesidad de la inculturación en el Sínodo sobre la Evangelización (1974) y en el siguiente sobre la Catequesis (1977) en los que participó en calidad de presidente de la USM. Su intervención en aquel último tuvo como tema precisamente: “*Catequesis e inculturación*”<sup>55</sup>. Entonces afirmó que uno de los principales obstáculos para la evangelización es la falta de inculturación y que la misma labor catequética es, a la vez, el resultado de una inculturación e instrumento para una inculturación permanente y dinámica. Considera que lejos de ser una simple actitud de simpatía o una estrategia para hacer más atractiva la doctrina cristiana, la inculturación supone “la penetración de la fe en los niveles más profundos de la vida del hombre, llegando a afectar su modo de pensar, sentir y actuar como resultado de la acción animadora del Espíritu”. Para el misionero Arrupe la inculturación no supone solamente acoger la lengua y costumbres locales, sino también, en la medida de lo posible, compartir las condiciones de vida de cada población.

Quizás la expresión más elaborada de su pensamiento sobre el tema se encuentra en su “*Carta sobre la inculturación*” (14 de mayo de 1978)<sup>56</sup>, redactada por encargo de la CG 32 (1974). Curiosamente ahí, como hace también GS 54-56, describe el significado de la inculturación desde una perspectiva más temporal que espacial o geográfica: “es la experiencia de una iglesia local que, discerniendo el pasado, construye el futuro en el presente”. El P. Arrupe subrayaba cuatro rasgos distintivos de la inculturación: 1) su extensión universal, 2) su influjo activo y transformador, 3) su contribución a la asimilación de los valores compartidos y 4) su carácter integrador. En efecto, la tarea de inculturación no se circunscribe solamente a las iglesias jóvenes, sino que también se requiere hoy una continua “reinculturación de la fe” en los países de vieja cristiandad. La inculturación nunca es pura adaptación pasiva del Evangelio, sino que exige la innovadora acción de la experiencia cristiana en las distintas culturas. Los procesos de inculturación ayudan a asimilar los valores univer-

---

<sup>54</sup> J. -Y. CALVEZ, *El P. Arrupe. Profeta en la Iglesia del Concilio*, 114.

<sup>55</sup> Cf. P. ARRUPPE, *La Iglesia de hoy y del futuro*, 241-245.

<sup>56</sup> Cf. *Id.*, *La identidad del jesuita en nuestros tiempos*, Santander 1981, 94-102.

sales comunes, que ninguna cultura particular puede agotar. Finalmente, invitan a entrar en una auténtica “comunidad de culturas”, en cuanto que todas están llamadas a formar el variado tejido del único Pueblo de Dios. Después, dirigiéndose en particular a los jesuitas, el General de la Compañía enumeraba una serie de actitudes necesarias en los agentes de la inculturación: docilidad al Espíritu Santo (“verdadera causa agente”), oración, “indiferencia espiritual”, discernimiento, humilde apertura, paciencia, caridad... Y, sobre todo, el *sensus ecclesiae* “que impide proceder altaneramente sin contar con la jerarquía, o medrosamente en actitud pasiva, sin creatividad”. Junto a esa inculturación “externa”, en su carta, el P. Arrupe insistía también en lo indispensable de una interna o “personal” para poder llevar adelante con fruto la misión. Es decir, que la inculturación requiere una profunda experiencia personal más allá de las convicciones teóricas<sup>57</sup>. Por otra parte, este documento también ponía en guardia contra las miopes visiones nacionalistas o regionalistas que pueden manipular los procesos de inculturación (cf. GS 59e).

### 3.3. PROMOCIÓN DE LA JUSTICIA Y LA PAZ

#### a) *Fe y justicia*

En GS 76 –sobre la comunidad política y la Iglesia– se usa por primera y única vez en toda la Constitución pastoral la expresión “doctrina social”, común para designar el magisterio de la Iglesia en las cuestiones temporales. Además, establece un importante principio fundamental sobre el compromiso político de la Iglesia: aunque su misión no es política, tiene que dar su juicio también en materia política “cuando lo exijan los derechos fundamentales de la persona o la salvación de las almas”. Por otro lado, el último párrafo de ese mismo n. 76, introduce ya el tema del último capítulo (“el fomento de la paz y la promoción de la comunidad de los pueblos”), señalando que la misión de la Iglesia en el mundo contribuye a la causa de la paz. La fraternidad universal y las exigencias prácticas del amor social constituyen respectivamente los temas de dos importantes

---

<sup>57</sup> “Para los llamados a vivir en otra cultura, será el integrarse en un país nuevo, en una nueva lengua, en una nueva vida. Para los que se quedan en el propio país, será experimentar los nuevos modos del mundo actual que cambia...”. Es realmente sorprendente la rabiosa actualidad de la reflexión que hace Arrupe, en particular, sobre la inculturación en el mundo juvenil (cf. *Id.*, 100-101).

textos del cap. 5 de la Constitución pastoral. GS 88a afirma “que el mismo Cristo parece elevar su voz en los pobres para provocar la caridad de sus discípulos” (cf. LG 8c). Por su parte, GS 93a señala que, en la práctica de la justicia social, los cristianos no solo son responsables ante sus semejantes y ante la sociedad, sino también ante Dios mismo. Además, la Constitución Pastoral sugiere los dos principios que inspirarán la creación de la “Pontificia Comisión para la Justicia y la Paz” (cf. GS 90c)<sup>58</sup>.

Ya en su primera intervención en el Vaticano II, durante el debate sobre la Constitución Pastoral, citando la encíclica *Pacem in Terris* (1963), el P. Arrupe reclamaba la urgencia de reformar las estructuras sociales para “imbuir de valores cristianos la misma vida social, económica, política”<sup>59</sup>. El General de la Compañía había participado activamente en el Sínodo sobre “la justicia en el mundo” (1971) y la recién estrenada Pontificia Comisión para la Justicia y la Paz le encargó escribir un texto breve para dar a conocer el compromiso cristiano por la justicia. El documento fue ampliamente difundido en traducciones a las principales lenguas modernas con el título: “*El testimonio de la justicia*” (1973)<sup>60</sup>. Inspirado directamente en las orientaciones conciliares, el P. Arrupe concibe el compromiso con la justicia como parte integrante de la evangelización.

Advertía el General de los jesuitas lo paradójico de la persistencia de violaciones de los derechos humanos en el mundo, mientras se ha extendido la conciencia de la dignidad de la persona y de la necesidad de la paz. También defendía el espíritu profético de los testigos del evangelio “que condenamos como falsos profetas, únicamente porque nos dicen cosas que no queremos oír”. El compromiso por la justicia requiere un serio discernimiento eclesial:

La Iglesia está llamada a tomar partido en favor de los pobres. ¿Significa esto tomar partido en todos y cada uno de los conflictos a favor de

---

<sup>58</sup> PABLO VI, Motu Proprio *Catholicam Christi Ecclesiam*: AAS 59 (1967) 27. Cf. *Populorum Progressio* 5; *Octogesima Adveniens* 52. Será elevada a “Consejo Pontificio” en 1976.

<sup>59</sup> *Acta Synodalia* IV, II, 483. Traducción en P. ARRUPÉ, *La Iglesia de hoy y del futuro*, 127.

<sup>60</sup> La versión castellana en *Ib.*, 311-346. Cf. J. -Y. CALVEZ, *El P. Arrupe. Profeta en la Iglesia del Concilio*, 141-153. Ese mismo año pronunció también sobre el tema su controvertido discurso a la Asociación de Exalumnos (cf. P. ARRUPÉ, *Hombres y mujeres para los demás* (EIDES 76), Barcelona 2015).

los pobres? Si es así, ¿cómo puede ser compatible esto con la otra función fundamental de la Iglesia que es la de la reconciliación? Si no, ¿qué sentido tiene?<sup>61</sup>.

En este mismo documento, el P. Arrupe hace notar que, en el pasado, la acción por la justicia se concebía, sobre todo, en términos de desarrollo económico y social, mientras, en la actualidad –sin minimizar la continua necesidad de esa promoción– se privilegia el compromiso por la justicia en términos de liberación, “liberación que afecta a las estructuras, y que requiere, evidentemente, cierta forma de compromiso político”. Citando la *Octogesima Adveniens* (1971), invitaba a los cristianos a tomar en serio la política porque es buena en sí misma, aunque “la lucha por obtener el poder político o su ejercicio puede provocar conflictos”. En tal caso, continúa el P. Arrupe, el testimonio cristiano consiste en promover la justicia únicamente por medios pacíficos (manifestaciones públicas, marchas de protesta, huelgas...). En definitiva, la Iglesia no tiene un mandato directo para actuar en política, pero eso no quiere decir que deba limitarse a “planear en la esfera de los principios abstractos”<sup>62</sup>.

En el Sínodo sobre la evangelización (1974) la intervención del General de los jesuitas trató de las relaciones entre evangelización y promoción humana<sup>63</sup>. El P. Arrupe rechazaba las concepciones que disocian la fe cristiana y la promoción humana. También, las visiones unilaterales que reducen la evangelización a pura promoción humana. Para él, parafraseando los adverbios del dogma calcedonense (cf. DH 302), ambas tareas no pueden identificarse o confundirse, pero tampoco separarse como aspectos independientes, como señalará también *Evangelii nuntiandi* (1975). Según S. Madrigal, en este planteamiento –que apela directamente a la *Gaudium et Spes*– radica básicamente la reformulación del fin de la Compañía de Jesús en la CG 32 (1974-75) desde “la defensa y propagación de la fe” hacia “el servicio de la fe y la

<sup>61</sup> P. ARRUPE, *La Iglesia de hoy y del futuro*, 320-321.

<sup>62</sup> *Ib.*, 334-337. Cuestionado sobre el activismo político de miembros de la Compañía, decía el P. Arrupe: “Si se entienden por política los derechos humanos y las encíclicas [sic] *Gaudium et Spes* y *Mater et Magistra*, la Compañía participará en ella. Pero la Compañía no se meterá en políticas partidistas, porque nuestra política es el Evangelio” (Entrevista en *el País*, 16 de abril de 1977).

<sup>63</sup> Cf. *Id.*, “Evangelización y promoción humana” en *La Iglesia de hoy y del futuro*, 229-233.

promoción de la justicia”. El P. Arrupe consideraba que había sido la decisión más importante de su generalato<sup>64</sup>. En efecto, aquellas dos dimensiones se asociaban íntimamente, incluyendo la última como “parte integrante” de la primera (Decreto 4). A pesar de múltiples incomprensiones y conflictos, él hizo propia y llevó adelante la opción de los jesuitas por la justicia, en total fidelidad a los orígenes de la Compañía<sup>65</sup>.

El P. Arrupe disertó sobre la relación entre la justicia y la caridad en una conferencia en el Congreso eucarístico de Filadelfia (1976)<sup>66</sup>. Refiriéndose a la comunidad cristiana como comunidad eucarística, defendía la primacía absoluta del amor (cf. GS 38). Porque observaba que hay personas muy comprometidas en favor de la justicia, pero que, sin embargo, discriminan en la atención a las personas y grupos, en función de su capacidad y disposición a abrazar eficazmente dichas causas.

Sin él [el amor] todos nuestros esfuerzos por dar de comer a los que tienen hambre y edificar un mundo mejor son vanos. Con él, no hay poder o institución sobre la tierra que pueda resistirnos. El amor es la única fuerza capaz de hacer al hombre auténticamente libre. Es la única condición previa indispensable para establecer un nuevo orden mundial. Todo esto era, como nos ha recordado el concilio Vaticano II, el núcleo mismo de la enseñanza de Cristo<sup>67</sup>.

Volvió sobre esta cuestión el P. Arrupe en Roma con la conferencia “Arraigados y cimentados en la caridad” (1981), impartida en el Centro

---

<sup>64</sup> Cf. S. MADRIGAL, “El Vaticano II nos ha ayudado a entender mejor a San Ignacio”: *Sal Terrae* 95 (2007) 747-750.

<sup>65</sup> Poco antes de su trombosis, el P. Arrupe evocó el alcance de aquella histórica decisión de la CG 32, calificada de “conversión a lo social” de la Compañía (J. -Y. Calvez), en una conferencia en la Universidad Católica de Manila en su último viaje como General (1981). “La nueva fórmula [*el servicio de la fe y la promoción de la justicia*] no es, en modo alguno, reductiva, desviacionista o disyuntiva; más bien explicita elementos contenidos en germen en la antigua formulación, gracias a una referencia más expresa a las necesidades presentes de la Iglesia y de la humanidad, a cuyo servicio estamos comprometidos por vocación” (citado por I. CAMACHO, “La opción por fe-justicia como clave de la evangelización en la Compañía de Jesús y el generalato del P. Arrupe: *Manresa* 62 (1990) 246).

<sup>66</sup> Cf. P. ARRUPPE, “Hambre de pan y de Evangelio” en *La Iglesia de hoy y del futuro*, 402-403.

<sup>67</sup> *Ib.*, 403.

Ignaciano de Espiritualidad<sup>68</sup>. Tras interpretar la promoción de la justicia como uno de los signos de los tiempos –“los pueblos hambrientos interpelan a los pueblos opulentos” (GS 9b)–, advertía con energía que “jamás ha sido tan evidente como hoy, que cuanto han previsto las leyes es insuficiente para responder al hambre y sed de justicia”. Es decir, denunciaba la separación entre el derecho y la moral –o sea “el divorcio entre lo legal y lo justo”–, para proclamar que un objetivo primario del progreso social “auténticamente humano” debe ser acortar esa distancia. “Y eso no podrá lograrse –añade él– mientras el derecho y la justicia no estén *informados* por la caridad”. Desenmascaraba después el P. Arrupe la falsa justicia de las tiranías y la falsa caridad de los paternalismos. Según él, mientras la justicia es limitada, porque termina donde concluye el derecho, en cambio, el amor no tiene fronteras... La caridad es una justicia superior: “la justicia está llamada a realizar obras determinadas y precisas, cuya ejecución puede ser controlada... Solo hay una virtud que exija al hombre todo su ser, que implique al hombre en su totalidad: el amor”. Por la caridad uno se da a sí mismo y se expresa en actos concretos de otras virtudes. Cuando da a cada uno lo suyo aparece como justicia; cuando da de lo propio, como beneficencia. En definitiva, para P. Arrupe “la justicia de Cristo fue ir más allá de la ley, impulsada por la caridad”<sup>69</sup>.

El debate sobre la justicia y la caridad suscitó la cuestión de la legitimidad del análisis marxista de la realidad como método teológico. La posición del General de la Compañía sobre esta problemática está delineada en la carta oficial que dirigió a los provinciales jesuitas de América Latina (1980)<sup>70</sup>. El P. Arrupe no solo advierte las perniciosas consecuencias de asumir la lucha de clases, sino que juzga “demasiado simplista” y contradictoria la respuesta marxista a la injusticia y la opresión. Pero agudamente –por otro lado–, se opone también con firmeza a quienes condenan “como *marxismo o comunismo* el compromiso por la justicia y por la

---

<sup>68</sup> *Id.*, “Arraigados y cimentados en la caridad” en *La Iglesia de hoy y del futuro*, 727-765.

<sup>69</sup> *Ib.*, 754-756. “La lectura que el Concilio hace del Evangelio confirma que no se ama si no se hace justicia y que la justicia se degrada y se convierte en injusticia si, a su vez, no se practica con amor” (P. H. KOLVENBACH, “P. Pedro Arrupe. Profeta de la renovación conciliar”, 109).

<sup>70</sup> P. ARRUPE, “El análisis marxista” en *La Iglesia de hoy y del futuro*, 151-158.

causa de los pobres”. Dice él que son formas de encubrir la injusticia disfrazadas de anticomunismo.

b) *Misionero de la paz*

El constante empeño de P. Arrupe en defensa de la paz mundial no es el de un analista teórico, sino el del testigo directo de la barbarie. Evidentemente deriva de su propia vivencia personal del bombardeo nuclear de Hiroshima al final de la Segunda Guerra Mundial (6 de agosto de 1945)<sup>71</sup>. Para Arrupe, como afirma la Constitución pastoral, la paz es obra de la justicia (Is 32,17; GS 78a). En consecuencia, no es suficiente evitar la guerra (cap. 5, sec. 1), sino que es necesario construir la armonía entre los pueblos (cap. 5, sec. 2). Hay que tratar la cuestión con una “mentalidad totalmente nueva” (GS 80b). En este sentido, ya san Juan XXIII consideraba absolutamente injustificable el recurso a la guerra en las circunstancias del mundo actual<sup>72</sup>. No es difícil ver que los redactores de GS 80d tenían en mente, sobre todo, el horror de las bombas atómicas lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki veinte años atrás cuando señalan: “Toda acción bélica que tiende indiscriminadamente a la destrucción de ciudades enteras o de amplias regiones con sus habitantes, es un crimen contra Dios y contra el hombre mismo que hay que condenar con firmeza y sin vacilaciones”. Sin llegar a condenar expresamente la existencia de arsenales nucleares –como pedían algunos padres conciliares–, la Constitución Pastoral sí condena las guerras de destrucción masiva (“total”), sean cuales fueren los medios empleados –nucleares, químicos o biológicos– y la carrera de armamentos. Esta última –dice el Concilio– representa “una plaga gravísima de la humanidad y perjudica a los pobres de modo intolerable” (GS 81c).

---

<sup>71</sup> En una conferencia con ocasión del centenario del nacimiento del P. Arrupe (Universidad de Deusto, 13 de noviembre de 2007), el General Kolvenbach se refirió a su estremecimiento al pronunciar las palabras “*Domine vobiscum*” en la misa que celebró al día siguiente del cataclismo de Hiroshima ante los cadáveres todavía insepultos de muchas víctimas.

<sup>72</sup> “En nuestra época que se jacta de poseer la energía atómica, resulta un absurdo sostener que la guerra es un medio apto para resarcir el derecho violado” (*Pacem in Terris* 127). La concepción de “guerra justa” ya no es invocable, como recuerdan también los últimos pontífices.

Hablando de la opción del P. Arrupe por la justicia, observa Jon Sobrino que fue decisiva su capacidad para reconocer en tiempos de paz la crueldad injusta que había vivido en Hiroshima en tiempos de guerra. El Vaticano II, sobre todo los textos de la Constitución Pastoral, y después los documentos de la Asamblea de Medellín (1968) le ayudaron a comprender que las raíces de la pobreza son históricas y estructurales, y que para erradicarlas es preciso apostar por la justicia. Fue precisamente en torno a la opción por la justicia donde se le planteó al General Arrupe el problema de la legitimidad moral del recurso a la violencia. Para él, la violencia en sí misma nunca es evangélica y hay que evitarla a toda costa. Por eso, siempre se opuso, no solamente a que, en los procesos revolucionarios de liberación, los religiosos tomaran parte activa en la lucha armada, sino también –con prudencia, pero con autoridad– a la afiliación política de los jesuitas. El teólogo centroamericano recuerda también estas palabras del P. Arrupe, apenas una semana después del asesinato de Rutilio Grande en El Salvador (1977): “Estos son los jesuitas que necesita hoy el mundo y la Iglesia. Hombres movidos por el amor de Cristo, que sirvan a sus hermanos sin distinción de raza o de clase. Hombres que sepan identificarse con los que sufren y vivir con ellos hasta dar la vida en su ayuda...”<sup>73</sup>.

GS 84b reclama a los organismos internacionales la atención a las emergencias humanitarias provocadas por las injusticias y los conflictos bélicos, entre ellas, la necesidad de “socorrer en sus sufrimientos a los prófugos dispersos por todo el mundo”. Habiendo sido él mismo un exiliado, tras la disolución de la Compañía en España por obra de la II República (1931), seguramente el legado material más personal del P. Arrupe a la humanidad fue la creación en 1980 del “Servicio Jesuita a Refugiados” (JRS)<sup>74</sup>.

## CONCLUSIÓN

Según la Constitución pastoral, Cristo es la Luz que ilumina el misterio del ser humano y de la historia (cf. GS 10b; 22af). Esta misma convicción animó la vida y la misión del P. Arrupe: “Si queremos estar abiertos al mundo, debemos hacerlo como Cristo, de tal manera que nuestro testi-

---

<sup>73</sup> J. SOBRINO, “El Padre Arrupe. Recuerdos y reflexiones”: *Revista Latinoamericana de Teología* 72 (2007) 238-242.

<sup>74</sup> Cf. J. SAGASTAGOITIA, “Arrupe y los refugiados”: *Sal Terrae* 95 (2007) 883-886.

monio brote, como el suyo, de su vida y de su doctrina”<sup>75</sup>. La verdad es que él supo discernir desde Cristo muchos de los problemas de la misión de la Iglesia en el mundo, que se siguen suscitando hoy. En este sentido, fue un sabio intérprete de los “signos de los tiempos”. Además, asumió como empeño personal y de todos los jesuitas, para la nueva evangelización, el diálogo con la increencia, la inculturación de la fe y la promoción de la justicia y la paz en el mundo.

Apenas terminado el Vaticano II, una de las primeras iniciativas del P. Arrupe fue comprometer a la Compañía en el análisis del mundo contemporáneo. De acuerdo con la metodología propuesta por GS para toda la Iglesia, veía necesario ese estudio (*Survey*) como referencia obligada para poder tomar después las decisiones pastorales pertinentes.

Fiel al encargo personal de san Pablo VI y apoyado en lo expuesto por la Constitución Pastoral, el General de los jesuitas comprendió que era preciso acercarse al fenómeno del ateísmo para proclamar la fe de modo adecuado en nuestro tiempo. Según su diagnóstico, la causa principal de la increencia, incluso dentro del propio cristianismo, son las injusticias sociales. En este sentido consideraba necesario, además del diálogo cordial con los no creyentes, el testimonio de la Iglesia en favor de la justicia.

El P. Arrupe participó en los seis primeros sínodos del Postconcilio. Desde su rica experiencia como misionero y a partir de las enseñanzas de GS sobre la cultura impulsó el camino de la inculturación en la misión evangelizadora de la Iglesia. Sobre esta temática su pensamiento gira en torno a dos cuestiones: el modo de afrontar la crisis religiosa de la cultura y los procesos de inculturación de la fe. Según él, la salvación no solo acontece *en* las culturas, sino contando *con* ellas. La inculturación no puede limitarse a una mera adaptación del Evangelio, sino que deben fomentar los valores comunes universales hacia una verdadera “comunidad de culturas”.

Por último, el Superior de los Jesuitas también fue una voz autorizada del magisterio social de la Iglesia. Supo afrontar con audacia la recepción de GS respecto a la promoción de la justicia y la paz, no sin resistencias e incomprensiones. Estaba convencido de que el compromiso por la justicia

---

<sup>75</sup> P. ARRUPÉ, *En Él solo la esperanza*, Bilbao 1983, 180.

forma parte integrante de la evangelización. Testigo presencial de las atrocidades de la guerra, creía que la paz en el mundo debe ser obra de la justicia y de la caridad. Y solo es posible buscarla por medios no violentos.

El 5 de febrero de 2019 se inició en Roma el proceso de beatificación del 28º General de la Compañía de Jesús. De la estatura humana y religiosa de este gran profeta del Concilio y del Postconcilio dan fe estas palabras de José A. García en el prólogo a una antología de las oraciones del P. Arrupe: “A un teólogo puede definirle su teología, al menos hasta cierto punto. A un santo le define su Cristo. Y la historia recordará, sin duda, al padre Arrupe como a un santo”<sup>76</sup>.

---

<sup>76</sup> J. A. GARCÍA, ed., *Orar con el padre Arrupe*, Bilbao 2007, 5. El P. Arrupe gozó de la estima de algunos santos coetáneos como Monseñor Romero o la Madre Teresa.